

CORREO DE LA MAÑANA

DIARIO INDEPENDIENTE.—EL DE MAYOR CIRCULACIÓN DE EXTREMADURA

Badajoz.—Año X.—Número 2.793

Redacción, Administración e Imprenta: Bravo Murillo, núms. 3, 5 y 7.—Teléfono núm. 143

Jueves 1 de febrero de 1923

Llega a Madrid el señor Echevarrieta y hace sensacionales declaraciones

(POR TELÉFONO)

31, 22'30 h.

La llegada

Esta mañana llegó a Madrid en el expreso de Andalucía el naviero bilbaíno señor Echevarrieta, acompañado de las personas que con él han realizado las operaciones de rescate de los cautivos de Axdir.

En la estación esperaban el presidente del Consejo, señor marqués de Alhucemas; el ministro de Estado, señor Alba, y otras distinguidas personalidades.

El marqués de Alhucemas dió las gracias al señor Echevarrieta en nombre del Gobierno.

La pacificación del Rif

Los periodistas hablaron con el señor Echevarrieta, el cual les facilitó detalles relacionados con la liberación de los prisioneros.

Interrogado acerca de si había realizado negociaciones para la pacificación del Rif, manifestó que de esto nada había hecho y que su misión se había concretado a todo lo concerniente con el rescate.

Felicitaciones

Entre los numerosos telegramas de felicitación que por sus gestiones ha recibido el señor Echevarrieta, figura uno muy expresivo y cariñoso de su majestad el Rey.

Momento emocionante

Cuando el señor Echevarrieta salía de la estación del Mediodía acompañado de los numerosos amigos que habían acudido a recibirle, se acercó a él una mujer, que con lágrimas en los ojos, le abrazó diciendo:

—¡Viva Echevarrieta! ¡Viva el libertador de mi hijo!

El momento fué de una vivísima emoción.

El numeroso público que se había congregado en los alrededores de la estación, prorrumpió en clamorosas vivas y aplausos al señor Echevarrieta.

Este, cuando recibía las felicitaciones por su actuación, con gran modestia decía:

—Agradezco en el alma estas felicitaciones, pero lo que he hecho carece de importancia. Cualquiera en mi caso hubiera hecho otro tanto...

Conferencia

Desde la estación, el señor Echevarrieta se dirigió al Ministerio de Estado, en unión del señor Alba.

En este Centro permanecieron conferenciando extensamente ambos acerca del rescate de los prisioneros.

Manifestaciones del señor Echevarrieta

Los periodistas se entrevistaron con el señor Echevarrieta, el cual, con exquisita amabilidad, hizo los interesantes y sensacionales declaraciones.

El motivo de su intervención

Refiere el señor Echevarrieta que hace varios meses, los célebres alemanes hermanos Manesman, le dijeron que en el territorio de Beniurriagué había importantes yacimientos de diversos minerales, y le animaban para que procediera a la explotación de aquellas minas, que había en abundancia.

Entonces se dirigió a Got Manesman, muy amigo suyo, que residía en Melilla, preguntándole que si conocía a Abd-el-Krin.

Got le contestó negativamente, pero le dijo que tenía gran amistad con el moro amigo Dris Ben Said, que estaba en muy buenas relaciones con el cabecilla Beniurriagué.

Echevarrieta, dispuesto a comenzar la explotación de las minas, habló con Dris Ben Said, expresándole sus deseos, quien a su vez se puso al habla con Abd-el-Krin, poniéndole en conocimiento de la pretensión del señor Echevarrieta.

Este le dijo al cabecilla rebelde que enviaría un ingeniero a Beni-Urriagué para que denunciase las minas existentes en aquel territorio, pero a esto contestó Abd-el-Krin que antes de que fuera el ingeniero, el señor Echevarrieta habría de entregarle la cantidad de un millón de pesetas.

Como la petición le pareciera muy exagerada, no accedió, suspendiendo las negociaciones que había comenzado.

Abd-el-Krin, accede

Después, y gracias a la intervención de Dris Ben Said, para que concediera al señor Echevarrieta lo que solicitaba, el cabecilla moro accedió a que comenzaran los trabajos de explotación, con la condición de que los generales Silvestre y Berenguer suspendieran el avance para ocupar el cabo Quilates.

Los generales accedieron a lo solicitado por Abd-el-Krin, pues éste dijo que no era necesario el avance de las tropas, puesto que a su debido tiempo el mismo facilitaría no sólo la ocupación del cabo Quilates, sino la entrada en Alhucemas.

A raíz de esto, el general Silvestre realizó un viaje a la corte, y a su regreso a Marruecos, haciendo caso omiso de lo pactado, comenzaron las tropas el avance, con lo que se rompieron toda clase de negociaciones.

Después sobrevino la catástrofe de Annual, y desde entonces el señor Echevarrieta suspendió todos los negocios de minas en el territorio de Marruecos.

El rescate

Cuando los sucesos de julio, pensó ofrecerse al Gobierno para rescatar a los prisioneros, pero no como amigo de Abd-el-Krin, a quien no conocía, sino como amigo de Dris Ben Said.

Primeramente surgieron diversos obstáculos, pues aunque comprende que todos los que quisieron intervenir en el rescate obraron de buena fe, las gestiones no estaban encauzadas por el camino más recto. Dice el señor Echevarrieta: «Yo vencí esas dificultades innumerables, pero todo lo daba por bien empleado con tal de serle útil a mi patria y poder conseguir el fin que me proponía.

Antes de que yo me dirigiera al Gobierno en este sentido, Abd-el-Krin dijo y lo hizo público, que en las negociaciones de la liberación de los prisioneros no se entendería con otra persona que no fuera yo, pues para nada quería relacionarse con los militares.

Sánchez Guerra y Echevarrieta Entonces me entrevisté con el señor Sánchez Guerra, cuando presidía el Gabinete, y comenzamos las gestiones.

Al efecto, conferenció con el por entonces ministro de Estado, señor Fernández Prada, y se empezaron a realizar los trabajos preliminares.

A los pocos días de esta conferencia, surgió la crisis, y fué necesario suspender esos trabajos, que se habían iniciado por buen camino y con seguridad de alcanzar el éxito.

Después, por unas cosas y por otras, nada se hizo, y ahora, no he de sacarlas a relucir, puesto que no es la hora más adecuada.

López Ferrer

Dice el señor Echevarrieta, que el secretario de la alta Comisaría, señor López Ferrer, trabajó infatigablemente en este asunto y a él se debe una gran parte del éxito obtenido.

La llegada a Alhucemas

Por fin, llegó el día en que fuimos a Alhucemas por los cautivos.

Embarcamos en el Antonio López y cuando dimos vista a la playa de Alhucemas, observamos gran afluencia de moros ávidos de presenciar las operaciones del rescate.

Cuando desembarqué, un numeroso grupo de moros armados, cuyo jefe era Abd-el-Selam, en correcta formación, presentó armas a mi paso.

Los prisioneros

Cuando vimos a los prisioneros, la emoción más intensa se apoderó de todos nosotros.

Los rostros de aquellos desdichados revelaban los horribles sufrimientos de que habían sido víctimas, pues parecían cadáveres desenterrados.

Es imposible describir el estado de horrorosa miseria en que se hallaban, y todo cuanto uno se pueda imaginar resulta pálido al lado de la realidad.

El júbilo indescriptible que se reflejaba en sus rostros exangües, contrastaba dolorosamente con su estado y hacía más emocionante aquella escena.

Se abrazaban y besaban como niños, llorando como si no quisieran dar crédito a su pronta liberación.

Se suspenden las negociaciones

Los moros creían que los prisioneros que a ellos les devolvíamos eran unos 300, procedentes de las prisiones de Ceuta y Melilla, cuando los que íbamos a entregarles no eran más que 30.

Esto me hizo temer por la seguridad de los cautivos, y hubo momentos en que creí que se rompían las negociaciones del rescate.

Abd-el-Selam me preguntó:

—¿Traes los cuatro millones de pesetas?

—Sí, los traigo—contesté.

—¿Traes también la cantidad que te hemos exigido en duros?

—Sí.

—¿Vienen contigo nuestros 300 prisioneros?

—No son 300, son 30 nada más—repusé.

Entonces, no poder entregarte los tuyos.

Cuando me dijo esto me desconcerté, pero le expliqué a Abd-el-Selam que si creía que había más moros en nuestro poder, todo era debido a una confusión de nombres, y solamente quedaban siete rifeños en el presidio de Ceuta.

Entonces Abd-el-Selam marchó a conferencia con Abd-el-Krin, hallando, como único arreglo, que dos moros de la confianza de Abd-el-Krin marcharan, con los correspondientes salvoconductos, a Ceuta; para liberar a los siete prisioneros moros restantes.

A bordo del *Vicente la Roda* volvieron los enviados, trayendo a 12 moros que en dicha plaza estaban presos.

Cuando éstos enviados volvieron, ya se había terminado el embarque de los prisioneros españoles, pues los moros, fiándose de la palabra del señor Echevarrieta, habían autorizado el embarque antes de que volvieran los cautivos moros.

1, 2'30 h.

Los moros con palabra

Uno de los moros notables que había rechazado que se quedara en rehenes Echevarrieta, dirigiéndose a uno de los acompañantes de éste, le dijo:

—Moros tener palabra de hombre. Echevarrieta valer muchos millones, y sin embargo lo dejamos ir porque lo ofrecimos.

El recuento del dinero

A continuación se procedió al recuento del dinero del rescate y en el que intervinieron varios moros, siendo notable la habilidad de *Pajarito* contando los billetes, pues parecía el cajero de un Banco por su rapidez en esta faena.

Se ha dicho, continuó el señor Echevarrieta, que los moros en el momento del canje exigieron 40.000 duros; esto es completamente inexacto; lo ocurrido fué que faltó esa cantidad al hacer la entrega del dinero, y entonces se volvió al Antonio López, donde se encontró esa cantidad, que a causa de haber sido necesario variar el envase, no parecía, y entonces se volvió a tierra con las 200.000 pesetas.

Cuando llegaron con el dinero, ya sólo quedaban en la playa, por haber embarcado ya los prisioneros, el señor Echevarrieta, el capitán del *España* y el señor Almeida.

Era de noche, prosigue el señor Echevarrieta, y alumbrado por hachones, penetramos en una cabaña para proceder al recuento del dinero.

Frases de despedida

Cuando marchaba Echevarrieta, le dijo Abd-el-Krin:

—Sé que no nos hemos portado bien contigo, pero teníamos que ser severo por los que nos rodeaban.

Nosotros te queremos, y puedes venir cuando gustes, y tendremos mucho gusto en servirte.

Aversión a los militares

El señor Echevarrieta también se ocupó sobre otra versión circulada acerca de lo irreductibles que los moros se encuentran respecto a todo lo que tenga aspecto o carácter militar.

Esto es completamente cierto; es más—continuó—los moros me dijeron: Si el protectorado civil se lleva a cabo, si los altos puestos y las gestiones se encomiendan a hombres civiles, entonces es posible la pacificación, y la penetración con España puede ser tal que, si nos necesitara, no dudáramos en ir a combatir por ella a donde fuera y donde quiera que fuéramos precisos.

Aún hay más; cuando los moros estaban atentos con el rescate, protestaron y se negaron a seguir el pacto cuando vieron los gorros galoneados de los marinos, negándose en absoluto por no querer nada con los militares, y solamente se les pudo convencer dándoles yo palabra de honor de que no se trataba de militares.

Las gestiones de pacificación

También dijo el señor Echevarrieta que el ministro de Estado, señor Alba, le requirió para que siguiera realizando gestiones cerca de Abd-el-Krin para la pacificación total del territorio. Estimé este honor en cuanto valía, pero lo decliné, pues si esta cuestión es para mí de mucha importancia, no lo es menos, mi prestigio personal, y al que injustamente han tratado de lesionar con imputaciones calumniosas, haciendo insinuaciones a negocios mineros.

Creo tener derecho a que se me respete, y por ello, vuelvo a la oscuridad en que siempre viví y de la que sólo salí para servir a mi patria en la medida de mis fuerzas.

Conferencia con Alba

En el Ministerio de Estado celebró una conferencia el ministro del departamento, señor Alba, y el señor Echevarrieta, que duró más de media hora. A la salida, el señor Alba conversó con los periodistas, a los que dijo que había escuchado con mucho interés los relatos del señor Echevarrieta.

—¿Se han ocupado ustedes de las negociaciones para la paz?, preguntó un periodista.

—Hemos hablado de todo, prosiguió el ministro, y con detenimiento trataremos todos los puntos en las conferencias que celebraremos en días sucesivos.

El regreso a la Península

Con toda brevedad se examinarán los expedientes de los cautivos liberados, con el fin de que con toda prontitud regresen a la Península los no encartados en el expediente de responsabilidades.

Navarro no seguirá en Melilla Respecto al general Navarro, saldrá dentro de poco tiempo de Melilla y marchará a Madrid para ponerse a disposición del Consejo Supremo, que, como es sabido, entiende en su proceso.

Con esto queda desmentido el rumor de que iría a Melilla el Juez instructor.

Vinos finos de Jerez

LA RIVA

M. ANTONIO DE LA RIVA & CIA. JEREZ

Pidan: Macharnudo «LA RIVA» fino.

Macharnudo «LA RIVA» oloroso.

Casa HIDALGO

P. Cervantes, 18.—Teléfono 554

Muebles económicos, bisutería, loza y juguetes. Lámparas Philips, Wotan, 170.

Propietarios

Recibes de casa, en tacos de 100 botijas, con matriz, se venden al precio de una peseta en la papelería del Correo de la Mañana.

CONFERENCIAS TELEFONICAS

Madrid, 31, 22'30 h.

El marqués de Alhucemas

El presidente del Consejo de ministros no despachó hoy con su majestad el Rey por hallarse enferma de bastante gravedad su madre política, la excelentísima señora viuda de Montero Ríos.

El estado de la enferma es tan desesperado que se teme un funesto desenlace.

El Rey en Alicante

El subsecretario de la Presidencia recibió a los representantes de la Prensa, manifestándoles que el Rey había llegado a Alicante sin novedad.

A las diez y media de la mañana salió con dirección a Guardamar, con objeto de inaugurar el pantano de Levante.

Desmintiendo un fallecimiento

La noticia que publicaron ayer los periódicos comunicando que había fallecido el maestro compositor señor Jiménez, es inexacta.

Desde hace bastante tiempo, el señor Jiménez es víctima de una enfermedad, pero ayer experimentó una ligera mejoría.

La familia se enteró por los periódicos, y en el domicilio del paciente se recibió una corona de un amigo dedicada al supuesto finado.

La noticia ha sido desmentida por los periódicos.

Rectificando un juicio

El ministro de la Guerra, señor Alcalá Zamora, manifestó a los periodistas que hace unos días le visitó el señor Weyler, con objeto de solicitar su autorización para rectificar un juicio que había publicado un periódico matutino sobre la reorganización del Estado Mayor Central, declaración que hizo dicho general y que fué mal interpretada por el mencionado periódico.

El señor Alcalá Zamora concedió esa autorización, y hoy este periódico publica la rectificación de referencia.

El Ministro hace grandes elogios de la subordinación del general Weyler, que solicitó el permiso no obstante su elevada jerarquía.

El voluntariado

Agregó el señor Alcalá Zamora que había celebrado una extensa conferencia con el jefe del Tercio, señor Valenzuela.

En esta entrevista hablaron ampliamente de la organización del voluntariado en el Ejército, estudiando las reglas y procedimientos a que estos proyectos han de sujetarse en la práctica.

Dijo el Ministro que en breve aparecerá en la *Gaceta* este proyecto.

Asimismo, celebrará varias conferencias con el general Aizpuru, relacionadas con este asunto.

Madrid, 1, 1'30 h.

Un estreno

Esta noche tuvo lugar, en el teatro Romea, el estreno de la comedia en tres actos, original de don José L. Mayral y de don Luis Fernández Cancela, titulada *Don Juan, a la fuerza*.

Al numeroso público que asistió, gustó la obra.

Parte de guerra

El general encargado del despacho y mando del ejército comunica a este Ministerio el siguiente parte oficial:

Sin novedad en los territorios del protectorado.

El conflicto del pan.—Los panaderos van a la huelga

El alcalde, señor Ruiz Jiménez, recibió hoy a los periodistas, haciéndoles algunas manifestaciones sobre el estado del conflicto del pan.

Les dijo que los panaderos le habían ofrecido la declaración de la huelga, y que la Junta Central de Subsistencias había acordado multar con la cantidad máxima de 5.000 pesetas a los panaderos que se negasen a acatar el acuerdo del Ayuntamiento sobre la baja del pan.

Banquete que termina mal

En el Ideal Retiro se celebró hoy el banquete con que los funcionarios municipales obsequian al tesorero del Ayuntamiento.

En Gobernación.—Últimas noticias

Cuando esta madrugada recibió a los periodistas el subsecretario de Gobernación, señor Buyón, les manifestó que se había recibido un telegrama dando cuenta de que su majestad el Rey, acompañado del ministro de la Gobernación, señor duque de Almodovar del Valle, y del de Fomento, señor Gasset, había salido de Alicante de regreso a la corte.

Como se le preguntara que qué había de cierto en el rumor circulado sobre la fuga del coronel Jiménez Arroyo,

yo, recientemente condenado por el Consejo Supremo de Guerra y Marina, contestó el subsecretario:

—No sé nada, absolutamente nada.

Incendio

Vitoria.—Esta tarde se declaró un formidable incendio en la fábrica de sierras La Arolesa.

El fuego destruyó varias dependencias, costando grandes trabajos sofocarlo.

Las pérdidas son grandísimas, y sin que por fortuna haya habido que lamentar desgracias personales.

Pro responsabilidades

Alcázar de San Juan.—Verificóse en esta localidad, un mitin organizado por los elementos obreros, para la exacción de las responsabilidades, por el desastre de Marruecos.

Los oradores se expresaron en términos violentísimos. Terminado el acto, se organizó una manifestación, que resultó numerosísima.

Aprobando la ocupación

Washington.—Celebró sesión el Consejo de ex combatientes en la gran guerra europea.

En esta reunión se acordó aprobar la decisión tomada por Francia al ocupar la zona del Ruhr.

Firma de un anteproyecto

Lausana.—Se ha firmado el anteproyecto del tratado de paz.

Temores de guerra

Constantinopla.—En los círculos políticos y militares se sigue con vivo interés y se comenta mucho el desarrollo de la Conferencia de Lausana.

Se teme que si fracasaran las negociaciones de la Conferencia, este iracundo origenaría una nueva guerra.

Ante este temor, que cada día toma mayor incremento, las fuerzas kemalistas se preparan con gran actividad para caso de una ruptura de hostilidades.

DIPUTACION

Sesión de apertura

Anoche, a las once, se reunió la excelentísima Diputación para celebrar las sesiones del segundo periodo semestral del año económico 1922 a 1923.

Presidió la sesión el presidente de la Diputación, señor Maesso.

Asistieron los diputados señores Ramírez, Fuentes, Galache, Salinas, Forastero, Díaz Asensio, Navarrete, Fernández de Molina, López Ramírez, Pérez, Ramírez Mesa, Navarro Boceta, Gómez Cañada, López de Ayala, Murillo y Donoso.

Apertura de la sesión y aprobación del acta

El señor Maesso: Por encontrarse enfermo el señor Gobernador civil, viéndose imposibilitado por esta causa de presidir la sesión, yo, con facultades delegadas por dicha autoridad gubernativa, declaro abiertas, en nombre de su majestad, las sesiones del segundo periodo semestral.

A continuación se procede por el secretario a la lectura del acta de la sesión anterior, que es aprobada.

La Comisión de Presupuestos

El presidente: Debiendo procederse a la designación de la Comisión de Presupuestos me permito proponer para integrarla a los señores Murillo, Fernández de Molina, Gómez Cañada, Galache, López Ramírez, López de Ayala y Navarrete.

Se aprueba por unanimidad la anterior candidatura.

Se suspende la sesión

Acto seguido se suspendió la sesión, que continuará a las diez de la mañana de hoy.

¿Se ha fugado Jiménez Arroyo?

(POR TELÉFONO)

1, 2'30 h.

Noticias recibidas de Málaga dan cuenta del rumor propalado, afirmando que se ha fugado de la prisión el coronel Jiménez Arroyo.

La causa será llevada a Melilla a mano de un oficial de la Guardia civil, que marcha con órdenes concretas.

Así es que, caso de no ser cierto lo de la fuga, irá en seguida a un fuerte de Melilla hasta que sea trasladado al Penal.

CORREO DE LA MAÑANA

Almacenes LAS TRES CAMPANAS

HASTA EL SABADO, 3.

EXPOSICION Y VENTA DE ROPA BLANCA

CON 50 POR 100 DE REBAJA

VEA NUESTROS ESCAPARATES

Plaza de la Soledad, 3 y 4 :-: Entrada libre

ESTA ES LA CASA QUE MÁS BARATO VENDE

PAGINA LITERARIA

CONCIERTO DE RABEL Y VIOLIN

PRIMER TIEMPO. CARNAVAL

Domingo soleado de invierno. Campo de San Juan: Puerta del sol extremaña, microscópica; acera soleada; braserío de las gentes. Misa de doce dominiguera. A la salida, los jóvenes, apiñados, saludan bajo el muro de la Catedral. El paseo de palmeras, se anima con los colores chillones de los trajes nuevos de las muchachas.

Hay tráfago en las posadas. Por las calles andan, con pasos tardos, ojos de asombro, atontados, hombres de los pueblos. Vienen con los hijos que se van al servicio. Mugre espiritual y corporal, cartas de recomendaciones, incultura, analfabetismo, caciquismo rural y provincial.

Dentro del cuartel hay un patio, como un gran corralón, donde crece la hierba. Una multitud pardinegra se agolpa a los pies de un muro enjalbegado. Una voz de pregón canta los números del sorteo para África: runruneo, silencio, gritos y juramentos de alegría salvaje; dos mozos se abrazan y se besan... llantos de mujeres enlutadas: patriotismo.

Domingo soleado de invierno. Tarde dominiguera, de «titiriteros» en la plaza de toros, de altramuces y de cacahués.

Sol de la tarde. Espejea el río, quieto, copiando en su fondo la imagen del caserío, ocre y blanco, de la ciudad. La gente, en el puente, parecen hormigas en fila que suben hasta el monte de San Cristóbal. Comerciantes, soldados, familias endomingadas—matrimonios que pasean su aburrimiento—, modistas, criadas, de negro mantón afelpado, con sus novios. En la sombría estación del ferrocarril, bajo la maquinaria, se pasea la gente, se arremolina el hormiguero. Se oye el silbato del tren que, al alejarse, deja un penacho de humo: sentimentalidad.

En la cantina de «Pelucas» y en la resolana de «Calamón» meriendan familias de menestrales. Sobre el tono verde, manchas blancas. Se oye un piano de manubrio. Las notas del piano suenan a calderata, a lomo y chorizo: sensualidad, alegría.

Llanada del Gévorra. En el monte domina el tono verdinegro de los encinares al sol. Se oyen disparos de los cazadores. Pescadores en la presa. En la lejanía, sobre los alcornoques, surge la nota blanca, solitaria, ermitaña de los cortijos. Y suspendida, la comba azul, como un fanal.

Muere la tarde triste del invierno. En el campo ladran los perros al silencio. El hormiguero humano se ocultó en la ciudad. Multitud dominiguera en la calle de los comercios a oscuras. En un zaguan brillan, iluminadas con tristeza de velatorio, lentejuelas de disfraces, caretas, «pierrots» y negros dominós de mortajas. Sobre la ciudad caen campanadas de las iglesias. Salida de la novena.

Noche fría. Luz de luna. De una calleja sale el monótono compás de unos trombones y un cornetín, gritos estridentes de máscaras astrosas.

En el salón, espeso griterío, calor asfixiante, denso olor a mugre sudorosa: alcohol y lujuria. Tres viejas enlutadas duermen en hilera sobre un peidano. Los trombones, el redoblante y el cornetín, atruenan el salón.

Fuera, en la penumbra del amanecer, avanza un hombre, desgarrado el dominó, dando traspas. Luz tenue de una ventana: en la alcoba agoniza un enfermo. Compás de escobazos al barrer. Una vieja de luto, encorvada, entra en la iglesia monjil; las campanas del convento repiquetean, como si fuesen de cristal. Con las últimas sombras de la noche, huyen entre lágrimas y remordimientos, el Vicio, el Dolor y la Muerte, y, el primero y más puro rayo del sol naciente ilumina la ciudad, que sonríe con su alma infantil.

ENRIQUE SEGURA.

Revista española de modas

Hace cuatro o cinco años, era empresa inútil hablar en España de una revista de modas. Para uso de las familias de la clase media, se publicaban en Barcelona dos o tres periódicos mensuales, con unos grabados en negro que recordaban por su hechura las tarjetas que los reclutas envían a sus inenvidias, que regalaban, además del papel, un vale para la rifa de un reloj, un patrón recortable y una novela por entregas... En casa de Paquin, unas revistas inglesas mostraban, entreabiertas, la figura simpática del príncipe de Gales, y grabados policromos representando señoras en trajes de noche en un baile del Caltrón. Quizás en la sala del Palace se encontraba un número atrasado del Vogue, y alguna que otra señorita leía el Pictorial...

¿Hablar de modas entre nosotros? Horror.

Para qué preocuparse de revistas y de magazines, si la modista tendría en su taller cualquier número, más o menos antiguo, de unas Modas Elegantes...

La forma de un bolsillo, la crema o el perfume de moda, ya llegarían después de siete u ocho temporadas traídas, por ese ser magnífico de que hablaba Eça, que hacía cada seis años un viaje a París...

La guerra, con sus horrores, alejó de París, de Niza y de Venecia un mundo quizás ambiguo, pero lleno de refinamientos y de civilizaciones...; a Madrid y a Barcelona, a las otras ciudades importantes de España llegaron, traídos por esa muchedumbre de aristócratas, aventureras y petardistas, los nombres de Wort, de Haubigant y de Coty.

El poder de asimilación de la mujer española hizo lo demás: apareció el *simil* y los negros del jazz atronaron todos los *halls* de moda...

El vacío que en la Prensa española se notaba en este sentido, lo ha venido a llenar *Elegancias*.

Desde la redacción de los títulos, esos títulos sugeridores que inició Pedro Morga en el *Vogue* hasta el último figurino americano, están llenos de buen seso, de gusto y de *Elegancias*.

Y entre un último modelo de Coll y un aderezo de Mir, una crónica sugeridora de Gómez Carrillo y unas notas deliciosas de François de Cisneros...

¡Y qué llena de mundanismo, de honda psicología femenina, esas líneas del mago de las crónicas hablando del arte sutil del maquillaje.

¡Qué mentis a las cobardías de unas y a las exageraciones de las otras.

F. M.

De Carnaval
Confettis, serpentinas y caretas, a precios de fábrica. Se envían encargos a provincias. Julio Villar, Salmerón, 32.

TE DE LAS CINCO

«Vida eterna», por Norberto de Araujo

El periódico dice: «Suicidóse una viejecita de ciento tres años. Se suicidó por estar cansada de la vida», supuso el periodista.

El periodista equivocóse. Ella se suicidó por no poder vivir más y por no tener valor para sufrir su ansiedad de seguir viviendo.

Vivir. ¿Pero era posible para ella vivir más después de haberlo vivido todo?

Había sido joven, bonita; fué requetebona. Fué mujer, novia, madre; fué abuela...

Pasó por todos los pasos del amor. Subió a todas las alturas; conoció todas las planicies. Soportó todas las tempestades.

Su corazón era un mapa. Su alma, un gran jardín muerto.

Se acabó todo dentro de ella, menos la saudade. Y la saudade la mató.

Más vida ¡más vida!
Y los ciento tres años repetían tristemente:

Llegaste al límite, ya no te queda nada.

Sin vida dentro de su vida, ella comprendió que estaba rota su órbita luminosa.

Y resolvió continuar viviendo, matándose.

Santa viejecita, símbolo de ansiedad, de belleza y de rebeldía.

Yo te veo seguir, contenta—nuevamente joven—en la vida eterna.

Traducción de F. M.



Chocolate AGUSTINOS

RECONOCIDO COMO EL MEJOR Y PREFERIDO POR LAS FAMILIAS DE BUEN GUSTO HASTA PROBARLO PARA CONVENCERSE TREINTA AÑOS DE ÉXITO CRECIENDO SIEMPRE IGUAL EN CALIDAD Y PUREZA Es la marca que más imitaciones ha tenido lo que prueba su bondad.

PRECIO: 1.25, 1.50, 1.75 y 2 pesetas paquete.

Venía exclusiva de estos chocolates: LA PERLA. Teléfono 140.

Se venden

Una instalación completa de cinematógrafo, marca Pathé, de cuatro meses uso, proyección perfecta. Un cromo, también Pathé, buen uso. Una linterna y arco, misma marca.

Salón Cinema Moderno. MERIDA.

CARMEN GAMERO

Por fin de temporada, gran realización de todos los artículos; precios increíbles; sombreros elegantes desde CUATRO pesetas.

DESDE ALEMANIA

-- HAMLET-MOISSI --

Desde que salí de España he tenido ocasión de ver representado el *Hamlet* en italiano, griego, magiar, alemán y árabe, en uno de tantos dialectos árabes que se hablan en el Norte del África. Di cuenta de esta representación a mi paso por Túnez, donde la presencia, verdaderamente interesado por el arte ingenuo, bárbaro, de unos aficionados indígenas. Creo que a veces la representación de un drama por una compañía de esas que solemos llamar de bandidos, ofrece más motivo de observación y aún de diversión que la de una compañía de primer orden.

Sobre todo cuando uno está de vuelta, cuando se ha visto casi todo lo bueno y se conocen todos los trucos y maneras de los actores de fama. Hay pocos artistas, aun entre los mejores, que nos den ocasión de sorpresa después de haberlos visto un par de veces: el aficionado práctico se los aprende en seguida de memoria y adivina lo que harán en tal escena o cual otra. Esto no quiere decir que cuando el actor es de los buenos no se siga su labor con interés, pero ya conocido su arte, no existe aquella emoción anhelante e intensa de la vez primera. Uno de los momentos estéticos sensacionales de mi vida fue esta primera vez de María Guerrero, y no hace mucho, la de Sarah Bernhardt. Ambas actrices geniales pertenecen a aquella categoría de artistas que a través de todos sus matices de interpretación son siempre ellas mismas. Uno se extasia con la voz y se estrema con la vibración trágica de María Guerrero y admira ¡todavía! aquella dicción impecable y aquella elegancia suprema de Sarah Bernhardt, pero cuanto hacen responde a un solo ritmo que aprendemos muy pronto. Hay, en cambio, otra categoría de artistas, Eleonora Duse, Raquel Meller, Catalina Bárcena, que tienen un don infinito de renovación. Sus almas son como un arpa divina en la que la inspiración, el momento, arranca insospechadas y siempre diversas melodías.

Entre los actores, Borrás es de la primera categoría y Zaccani, Novelty y Lucien Guity, de la segunda. A ésta debió pertenecer Julián Romea, en tanto Rafael Calvo pudo contarse, como hoy Borrás, en los artistas que siempre son ellos.

Me habían hablado mucho de Moissi, el actor del teatro alemán; no puede decirse el actor alemán, y había leído en la Prensa italiana críticas apasionadas sobre su arte, todas conformes en que se trataba de un actor extraordinario; según un cronista de *Il Corriere della Sera*, el mejor del mundo. Nada más ingenuo que esta persecución de campeonato, proclamando rey, as o el primero, a un actor dramático. En la ópera cabe en ciertas épocas este reconocimiento mundial de primacía, ya que a veces surge una garganta como las de Gayarré, Caruso o la Patti, que sobresalen y se estiman después de muchas discusiones únicas e insuperables. Se pudo decir que Gayarré y Caruso fueron los mejores tenores de su época. Lo que es muy difícil de fijar es quién ha sido o es el mejor actor del mundo en estos o pasados tiempos. El arte dramático no tiene la universalidad que la ópera o el cine. Y puede darse el caso de que un artista inmenso sea completamente desconocido, por la limitación que le impone su lengua y su nacionalidad. Yo he admirado en Grecia una actriz que puede figurar en primera línea entre las de más talento del mundo, María Kotopuli.

—¿Pero no han oído ustedes hablar en España de la Kotopuli?—me preguntaba ingenuamente un amigo ateniense.

—Jamás.

—Pues aquí, nuestros periódicos se

han ocupado algunas veces de madame María Guerrero: creo que ha construido en Buenos Aires un teatro magnífico.

Era verdad; la Prensa de Atenas dió la noticia, como después habló del homenaje que a la Guerrero y Mendoza les rindió el pueblo de Madrid. Uno de los periódicos daba a entender que Grecia, teniendo una deuda de gratitud con María Kotopuli, debía imitar el gesto de los madrileños y del Gobierno español.

Realmente, el teatro neogriego, debe mucho a esta mujer extraordinaria. Pero allá todo lo «envenena la política; María Kotopuli estaba en el poder, como si dijéramos, royalista apasionada—a su marido, diplomático, lo había asesinado un fanático venecista—al regreso de Constantino reapareció triunfante, y en su beneficio pude notar el entusiasmo con que la aplaudía el príncipe Nicolás que parece posee más talento literario que genio de estratega. En cambio, la otra gran actriz griega, la Kiveli venecista, permaneció alejada de la escena, como su político. El teatro siempre ha sido un reflejo de las luchas políticas en los tiempos de gran agitación. Recuérdese los disgustos y persecuciones que le costó a Miquez su liberalismo. Hoy, en el pantano de nuestra política ¿qué puede interesarnos que Leoada Alba sea una entusiasta de don Melquiades Alvarez?

María Kotopuli, antes de estas convulsiones políticas, mensajera del arte griego en todo Oriente, exaltaba el irredentismo patrio en Constantinopla o Esmirna, siendo la voz de Esquilo o Eurípides en aquellas sus creaciones maravillosas de las heroínas clásicas. El griego moderno posee la sonoridad, la armonía, la cadencia deliciosa que debió tener el antiguo. Y es un placer exquisito, aunque no se comprenda una jota, escuchar a la Kotopuli en una representación de *Electra*, por ejemplo: la palabra del griego literario de hoy—diferente al que se habla ordinariamente—suena como debía sonar en tiempos de Eurípides y de Sócrates.

Volviendo de Grecia a Alemania: he aquí otro artista teatral cuya personalidad pasa de la escena a la otra escena, a la de la política, Moissi. Más puede decirse, su personalidad encierra algo de socialmente simbólico. Moissi es tipo representativo de su época. Durante el Imperio fué amigo del Kromprinz, amistad que, unida al prestigio del artista, le valió no pocos honores durante la guerra. Sirvió a su patria en el cuerpo de Aviación, pero más tarde no se si por herido se retiró, pasando a Suiza, donde permaneció hasta el final de la contienda. Muchos dicen que la peor comedia que ha representado, fué ésta militar. Se le juzga con apasionamiento, y yo no doy mucho crédito a estos informes. Para los italianos, en cambio, es un estigma el que haya peleado como voluntario en el Ejército alemán. En Italia se considera a Moissi como un genio de la raza, y no se le perdona su gesto de patriotismo *tedesco*. No hace muchos meses, Moissi anunció una *tournee* por Roma y Milán: los periódicos italianos profetizaron que no se llevaría a efecto, ya que si se arriesgaba a presentarse en un teatro, cualquiera que fuese, de Italia, no le dejarían ni que abriera la boca. Moissi, cuerda mente, desistió de la *tournee*. Lo menos que le hubiera ocurrido, es volver con un litro de aceite de ricino en el cuerpo. Realmente, Moissi, es italiano: italiano por el apellido, por sus antepasados y su nacimiento: en Trieste vió la luz primera; y según cuentan, cuando llegó a Berlín a los veinte años, no sabía una palabra de alemán.

Hoy nadie dice el alemán como él: no sólo su dicción es perfecta, sino que

suena así como pulimentada y dulcificada por el italianismo del artista. Este matiz dominante de su labor lo diferencia de todos los actores alemanes, que en general gritan demasiado y no tienen una mesura conveniente en la recitación. Moissi, cuya voz es deliciosamente sonora, algo metálica, pero siempre dulcemente varonil, no pierde jamás el ritmo, la música de la palabra. En sus labios el alemán suena de otro modo. Goethe, tan entusiasta como casi todos los artistas alemanes, de Italia, no hubiese encontrado mejor recitador de sus poesías.

Pero para los alemanes, Moissi, el hombre, no es italiano, es un judío. Y esto que antes de la guerra no tenía trascendencia social en Alemania como en Francia, ahora es para gran parte de la opinión casi un crimen. Es otra cualidad nativa del actor que se refleja en su arte tanto como su italianismo. El *judío triestino* posee ese no sé qué misterioso, extraño a toda raza, tan definido y tan indefinible, que se adivina en el artista de origen semita. Y por último, ¡he aquí para muchos el máximo estigma! El ex amigo del Kromprinz es bolchevique. Esta su *posse* comunista sí que es extraña a su arte, ya que el arte es lo más anticomunista que existe, y a su misma vida. Moissi habita con su *compañera* en el mejor hotel de Unter der Sinden.

No creo en estos revolucionarios estilo Anatole France, que viven rodeados de todos los lujos y refinamientos soñados y que predicán el todo para todos como ideal perfectamente realizable y próximo. En cambio, ¿quién puede dudar de la sinceridad de un príncipe Kropotkin, renunciando a los halagos de su fortuna y de su rango en aras de su apostolado ideal? Moissi, si no en la miseria, como tantos artistas viven en Rusia, gracias al comunismo, podía, limitándose a una vida más modesta, ceder parte de su sueldo enorme en beneficio de sus compañeros necesitados. ¿Comunista? Repítamole aquello de Hamlet—que él dice de modo estupendo—«¡palabras, palabras, palabras!»

¡El Hamlet de Moissi! Si el actor no puede calificarse del mejor del mundo, si podríamos arriesgar la opinión de que sea el mejor en la interpretación del Príncipe abúlico y soñador. Es él, el Hamlet. Lo habíamos presentado así, nos lo habíamos imaginado así. Moissi tiene una figura algo enclenque, un aire vacilante y distraído, una frente despejada, unos ojos azules profundos, con alternativas de vivacidad y de tristeza, de ironía y de dulzura, de cólera y de infinita bondad. Este hombre pequeño, que en detalles es de una vulgaridad absoluta de rasgos, más, casi una figura ridícula, con una mímica, a veces afeminada, de bailarín ruso, ¿qué secreto de arte, qué aureola sobrenatural, qué llama interior, qué fuerza misteriosa lo anima para que al salir a escena olvidemos cuanto le rodea y él sea toda la obra, y su voz la sola voz que escuchamos, y su gesto el solo gesto que nos interesa?

Con qué anhelante emoción lo hemos seguido príncipe desilusionado o sarcástico, astuto o colérico a través de aquella su tragedia familiar, y de la otra más honda, la de su interrogación al más allá, la tragedia perpetua de todo hombre superior... ¿Qué sencillez en su arte; qué suavidad y qué finura en el matiz; y qué realismo tan poético—valga la aparente contradicción—en la composición total del carácter! Sentíamos colmado nuestro sueño. Habíamos llegado por fin a través de tantas interpretaciones pretenciosas, de tantos desquiciamientos, de tanta falsedad, a encontrar el tipo y el artista. Este era nuestro Hamlet. Y lo sentimos tan en Moissi, que después, viendo al insigne actor representar el *Ricardo II* y el *cadáver viviente* y *Los espectros*—siempre tipos de degenerados—no veíamos sino a Hamlet, y de tal modo, que el nombre del artista se une en nuestra imaginación para siempre al del príncipe de Dinamarca, y que en lo sucesivo no lo llamaremos sino *Hamlet-Moissi*.

ARTURO GAZUL.

Ford
EL AUTOMÓVIL UNIVERSAL

Pesetas 2.645

Reduce sus Gastos de Reparto

¿Tengo siempre presente.—
El precio de costo más bajo,
el menor gasto de mantenimiento y
el mayor valor de reventa de todos
los coches conocidos.

Ensanche su zona de Ventas, alcance a mayor número de clientes. Lo conseguirá comprando un chasis Ford, al que puede adaptar una carrocería que obedezca a las exigencias de su negocio; obteniendo el vehículo más ligero y práctico de cuantos ruedan hoy. El chasis Ford, convertido en esa forma en coche de reparto, no solo le procurará un aumento de negocio, permitiéndole también ganarse una envidiable reputación por la rapidez y eficiencia del servicio.

Comprelo ahora.
Consúltenos para la adquisición de la carrocería.

AGENTE UNICO EN BADAJOZ
JOSE M. CARANDE
DE GABRIEL, 20

LEA USTED TODOS LOS DIAS «CORREO DE LA MAÑANA»

El Rey en Alicante

(POR TELÉFONO) 1, 2'30 h. Entusiasta recibimiento.—La llegada Alicante.—A las dos y media de la tarde llegó el tren real, que conducía a su majestad el Rey.

Inauguración Elche.—Cuando llegó el Rey se dirigió a Guardamos, donde inauguró la toma de agua del Segura. Acto seguido penetró en la iglesia, donde oró breves minutos.

El banquete.—Discursos Al acto asistieron más de 70 conesaes. El alcalde, señor Ruiz Valarino, ofrecía el banquete.

En todas partes los exquisitos JARABES de la fábrica de NUESTRA SEÑORA DEL PILAR y os convenceréis que son los mejores refrescos por su paladar y aroma.

FRANCISCO SANCHO.—Olivenza (Badajoz)

Registro civil

Movimiento de población habido en esta capital durante las últimas veinticuatro horas: Fallecidos.—Antonio Ordóñez González, de cincuenta y ocho años, lesión cardíaca. Macón, 11. San Roque.

“LA ESPERANZA,” POMPAS FÚNEBRES

Servicio esmerado. PRECIOS ECONÓMICOS. VIUDA DE SALVADOR CORREA FELIPE CHECA, NÚM. 56.—BADAJOZ TELÉFONO 205

EL SOTANO

DOCTOR LOBATO, 9 Venta de tocino y embutidos del país Tocino fresco, kilo..... 3'00 pesetas

Últimas cotizaciones de los mercados reguladores

(POR TELÉFONO) Madrid, 31, 22'30 h. Vacas buenas, de 2'50 a 2'61 pesetas kilo canal; ídem regulares, de 2'44 a 2'48 ídem; novillos de pienso, de 2'50 a 2'67 ídem; ovejas, no concurrirón; cameros, tampoco; corderos, de 3'45 a 3'60 ídem; cerdos, a 3'12 ídem.

Teatro López de Ayala

Sesión continua de cinematógrafo. NUEVOS FANTOMAS según la célebre novela francesa. Hoy cuarto libro, titulado Alcázar de la muerte.

LUZ ELECTRICA PARA CASAS DE CAMPO

El único aparato que sin dinamo, motor ni acumuladores produce luz eléctrica blanca y fija es el GENELECTRO SPINO, de sencillísimo funcionamiento y manejo, por carecer en absoluto de mecanismos.

SE ARREGLAN picles, De Gabriel, 8, bajo (frente a las Descalzas). SE VENDE una locomóvil de diez caballos de fuerza, en buen uso.

Motor a gas pobre

magnífico, nuevo, de 8/10 H.P., marca "Otto Deutz", con fábrica de gas completa y una bomba para el agua de refrigeración, con depósito de chapa. Se vende en el GARAGE PLÁ.

Dr. P. Piquero

OCULISTA MEDICO MILITAR Rambla, número 26.—MERIDA

La Económica.

Nueva Agencia funeraria. Inmejorable presentación. Precios sin competencia. FERNANDO BARRIO.—Salmerón, 10.—Teléfono 557

Grandes Almacenes de Maderas y Serrerías Mecánicas

DE MANUEL VIEIRA DA CRUZ CASA FUNDADA EN 1888 Maderas preparadas a medida para toda clase de envases; paños redondos y vigas para construcción; en clase de monte y riadas; tablas de diferentes dimensiones para obra de carpintería, y rollizos y costeros para entibación de minas.

—El cadalso del especulador es la escalera de la Bolsa. Pero sólo los pequeños negociantes de dinero sucumben. Los que manejan en grande los fondos no tienen peligro alguno.

En la Cámara de Comercio

Reunión de industriales Se están verificando en la Cámara de Comercio de esta capital, diarias reuniones de industriales de todos los ramos que expenden artículos de primera necesidad y otros de gran consumo, para ver de llegar a un acuerdo que traiga como resultado el abaratamiento de éstos.

De seguir estas reuniones en tan buena armonía como las que hasta aquí tuvieron lugar, y siendo llevados inmediatamente a la práctica los acuerdos que allí se adoptan, no pasará mucho tiempo sin que la baja de los artículos de mayor consumo sea un hecho en nuestra capital.

PROBENOS ANUNCIOS

SUERO y virus «Lederle», contra la peste del cerdo. Depositario general en España, Bartolomé Caballer, veterinario. Badajoz. Teléfono 252.

FILTROS.—Purifica las aguas, evita las enfermedades. Encontraréis un buen surtido y económicos, en los almacenes de azulejos, yesos, cementos, loza sanitaria y otros materiales de construcción de don Domingo Olgado. Prím, 7. Badajoz.

SE VENDE una cafetera grande para hacer café, de metal blanco, seminueva. Para tratar, Santa Eulalia, número 36, en Mérida.

CORREO DE LA MAÑANA

NOTICIAS

Pérdida.—Desde la esquina del Juzgado a calle Magdalena, se ha perdido un guante de señora. Se desea, al que lo haya encontrado, lo entregue en esta administración y se le gratificará.

Venta del mobiliario y enseres del café La Peña. Moreno Nieto, 10. Para tratar, en el mismo local con el dueño, Ernesto Fernández Figueroa.

Se venden potros y potras de uno a cuatro años. Informes en esta Administración. Se venden dos máquinas de escribir nuevas, marcas «Regina» y «Fox», esta última portable. San Agustín, 5.

Dibujo.—Se dan lecciones. Razón en la administración de este periódico. Droguería.—Por ausencia se vende, bien dotada existencias, buena venta y condiciones, sitio céntrico. Espolón, número 17, Castuera.

José Majó

ABOGADO y AGENTE DE NEGOCIOS Reclamaciones ferrocarriles, cumplimiento de exhortos, certificaciones de últimas voluntades y de antecedenentes penales. Gestón de toda clase de asuntos. Honorarios módicos. Rápido despacho. Luna, 30 y 32, entresuelos. Madrid.

Lo imprescindible, el "Atlas,"

puesto que siendo un pegamento de precio económico que adquiere cualquier cosa que tenga toda clase de y jilla rota, pega las suelas de las botas, las correas cristales y toda clase de figuras por rotas que estén. En resumen, lo pega todo. Se vende en la papelería del CORREO DE LA MAÑANA.

CABEZA DEL BUEY

Letras de luto

En la madrugada última ha fallecido en esta doña Dorotea Ruiz Moreno, hermana del director del Colegio de Nuestra Señora de Armentera. Su muerte ha sido muy sentida. Todas las clases sociales asistieron en el entierro, que tuvo todos los caracteres de una imponente manifestación de duelo.

Se arrienda

des de el próximo San Miguel la dehesa «Coto de Buzalén», en término de Hornachos y a dos kilómetros de éste, a pasto, laber y fruta de bellotas. Para tratar, con su dueño, en el cortijo de la misma. Está con otras fincas que le lindan; tendrá aproximadamente una 600 fanegas y su dueño es don Antonio Ramirez y Valdivia.

Boletín de suscripción

Don habitante en calle núm. se suscribe a CORREO DE LA MAÑANA por (1) de 192 El suscriptor,

Remítase este Boletín a la Administración del periódico con sobre franqueado con sello de dos céntimos. (1) Meses, trimestre o año. Badajoz.—Imp. «Correo de la Mañana»

Triunfo definitivo de los lubricantes LUBROIL PUROLENE 1922 ¡4 GRANDES PRUEBAS: 4 VICTORIAS! Carrera en cuesta La Rabassada 1.º y 2.º Trofeo Armangué (II año) 1.º, 2.º y 3.º Campeonato R. M. C. C. Motos 1000 c.c. 1.º y 2.º II Gran Premio Peña Rhin 1.º, 3.º y 4.º Pida estos acreditados aceites en el GARAGE INTERNACIONAL JUSTO GARCIA ORTIZ

45 FOLLETÓN DE «CORREO DE LA MAÑANA» SERGIO PANINE NOVELA POR JORGE OHNET Devolvió el Príncipe a Herzog su mirada, procurando descubrir algo en la fisonomía del hacendista, pero la encontró impenetrable. —Para hacer negocios —dijo— se necesita experiencia, y no la tengo. —Bastará la mía. —O dinero, —continuó el Príncipe, —y tampoco lo tengo. —No pido a usted dinero, se lo ofrezco. —Entonces, ¿qué es lo que aporto al negocio? ¿cuál es mi participación? —Sus relaciones, la consideración que le da el ser yerno de la señora Desvarenes y el prestigio de su nombre. El Príncipe contestó altivamente: —Mis relaciones son personales y dudo que sirvan a usted para nada; mi suegra no me quiere y nada hará por mí; mi nombre no me pertenece, es de todos los que lo han llevado noblemente antes que yo. —Las relaciones de usted me servirán, —replicó Herzog —yo sé cómo. Su suegra no puede impedir que sea usted marido de su hija, y esta condición vale más oro que pesa usted. Justamente porque su nombre ha sido llevado con nobleza tiene verdadero precio. Después de usted, pues, de sus abuelos, y s...

el principal poder que hoy existe, el poder a que no resisten ni los hombres ni las cosas, el poder financiero. Turbado Sergio más de lo que parecía, intentó echarlo a broma. —Veo que me está usted reclamando el prólogo de Fausto, —dijo. —¿Dónde está el cabalístico escrito? ¿Qué debo yo firmar? —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se interesará definitivamente en él. Mi objeto es, querido Príncipe, que al cabo de algunos años posea usted una fortuna muy superior a cuanto haya podido soñar. —Nada, —contestó Herzog; —me basta su consentimiento. Entérese del negocio, estúdiele a sus anchas, aprecie sus resultados, y hecho esto, si le conviene, se